

# Ijara Saikaku

## *Hombre lascivo y sin linaje*

Traducción de Antonio Cabezas García.

—Novela—



*Hombre lascivo y sin linaje*, primera obra de Saikaku, fue publicada a mediados de octubre de 1682. La fecha es importante porque la acción novelada se prolongaba hasta finales del mismo mes. Cada capítulo llevaba una ilustración, obra del propio Saikaku, entre las que se han escogido las que iluminan esta edición en castellano. La obra estaba dividida en 54 capítulos, el primero sobre lo que le sucedió al héroe Ionósuke hasta los siete de su edad, y después un capítulo para cada año de su vida, hasta llegar a la proveyta senectud de los sesenta. Algo arbitrariamente, cada siete capítulos formaban un «maki» o secuencia; la octava y última sólo constaba naturalmente de cinco capítulos.

El número de éstos indicaba a las claras que Saikaku pretendía hacer una parodia de la *Historia de Guenyi*, la gran novela que Murasaki escribiera en el siglo XI, y que también constaba de 54 capítulos. El príncipe Guenyi había sido un héroe lascivo, pero al modo pulido y cortesano de la paradisíaca época de Jeian, conquistando a las mujeres con su finura (miiabi), pero también con su lealtad. Como el Tenorio (y Leopoldo Azancot me perdonará que por una sola vez, y sin ánimo de hacer ninguna «extemporánea exaltación de las cosas de España», establezca cierto paralelismo entre Ionósuke y este personaje de nuestras letras, tan remoto por lo demás en el tiempo, en el espacio y en el jaez), como el Tenorio, digo, Ionósuke se despreocupaba generalmente de conservar sus conquistas. A veces seducía como Don Juan, con fuerza y con maña, pero casi siempre a costa de sus dineros. Ionósuke —señala muy bien Keene— representaba el ideal de la sociedad burguesa para la que Saikaku escribía, al igual que Guenyi lo había sido para los antiguos aristócratas. Y en cuestión de amores Ionósuke estaba interesado más que nada, como los burgueses del XVII, en la profesional del placer.

A Fernando Rodríguez Izquierdo, mi  
buen amigo, que en el ambiente  
andalusí de Sevilla lidió con esta  
misma obra de Saikaku, por las  
mismas fechas en que yo lo hacía en  
Kioto.  
Confiando en que mi versión sea  
digna de la suya.

## Presentación

*Saikaku*

Saikaku Ijara fue el seudónimo literario de Togo Jiraiama. Nació en la gran metrópoli comercial de Osaka en 1642, y murió en la misma el 9 de septiembre de 1693, a sus cincuenta y dos años de edad, que según el cómputo occidental serían cincuenta y uno.

De la vida se despidió con esta ironía: «Cincuenta años es lo que suele vivir el hombre. A mí me hubieran sobrado.

Yo vi la luna  
de este efímero mundo  
dos años extra».

Para mejor comprender su obra conviene conocer tres datos de su vida, que por cierto se resuelven y resumen en tres apodos. Sépase, en primer lugar, que Saikaku fue comerciante en Osaka hasta que, muerta su joven esposa y varios años después su hijita ciega, dejó el negocio en manos de un administrador para dedicarse a viajar por el país. En una época de total aislamiento político y cultural, su curiosidad y deseo de saber sobre personas, objetos, sucesos, comarcas y hasta países extranjeros fueron tales que le apodaron «El Holandés». Era como llamarle «El Extranjero», pues los holandeses eran los únicos extranjeros autorizados a comerciar con Japón en aquella época. A Saikaku se le quedaba chico no ya su país, sino el mundo entero.

El segundo dato es que como discípulo principal del maestro Soin, fundador de una escuela progre de jaikai lla-

mada Danrín, Saikaku se hizo famosísimo por la monstruosa proeza, que realizó a sus cuarenta y tres años, de componer veintitrés mil quinientos jaikais en veinticuatro horas, uno cada cuatro segundos. Tuvo testigos y amanuenses que transcribieron los poemas para perpetua recordación. De este incidente surgió el apodo de «El viejo de los veinte mil versos». Y aunque, como observa Aston con su característico humor inglés, «la posteridad ha tenido el gusto de olvidarse de su poesía», su prodigiosa facilidad versificadora influiría enormemente en su prosa, para bien de la literatura y para inri de los traductores.

El dato tercero es que sus novelas fueron *best-sellers*, pero también prohibidas por el gobierno como pornográficas al poco tiempo de su publicación. «El Infernal» le apodaron. Prohibidas y nefandas quedaron la mayoría de sus obras durante doscientos años, hasta que el gobierno imperial de Meiyo decidió a finales del XIX que bien podían reeditarse, puesto que —lo trae Aston— «nadie entendería ya el huidizo humor de la vida disoluta del siglo XVII». Ni el lenguaje de la obra —añado yo por mi cuenta—. Keene va más lejos y cree que el estilo de Saikaku, en especial el de *Hombre lascivo y sin linaje*, no lo entendieron sus contemporáneos, «los cuales quedaron, sin embargo, cautivados por la novedad del tema, el interés del argumento y la atmósfera desenvuelta». En cuanto a la obscenidad de Saikaku, por supuesto no existía más que en el caletre de los puritánicos censores del shogunato y en el magín de los no menos puritánicos críticos Victorianos. Aston, por ejemplo, llegó a opinar que los títulos mismos de algunas de sus obras eran demasiado crudos para traducirlos al inglés. ¡Vaya por Dios!

Conque Saikaku «El Extranjero», «El viejo de los veinte mil versos» y «El Infernal».

*Hombre lascivo y sin linaje*, primera obra de Saikaku, fue publicada a mediados de octubre de 1682. La fecha es importante porque la acción novelada se prolongaba hasta finales del mismo mes. Cada capítulo llevaba una ilustración, obra del propio Saikaku, entre las que se han escogido las que iluminan esta edición en castellano. La obra estaba dividida en 54 capítulos, el primero sobre lo que le sucedió al héroe Ionósuke hasta los siete de su edad, y después un capítulo para cada año de su vida, hasta llegar a la proveccta senectud de los sesenta. Algo arbitrariamente, cada siete capítulos formaban un «maki» o secuencia; la octava y última sólo constaba naturalmente de cinco capítulos.

El número de éstos indicaba a las claras que Saikaku pretendía hacer una parodia de la *Historia de Guenyi*, la gran novela que Murasaki escribiera en el siglo XI, y que también constaba de 54 capítulos. El príncipe Guenyi había sido un héroe lascivo, pero al modo pulido y cortesano de la paradisíaca época de Jeian, conquistando a las mujeres con su finura (miiabi), pero también con su lealtad. Como el Tenorio (y Leopoldo Azancot me perdonará que por una sola vez, y sin ánimo de hacer ninguna «extemporánea exaltación de las cosas de España», establezca cierto paralelismo entre Ionósuke y este personaje de nuestras letras, tan remoto por lo demás en el tiempo, en el espacio y en el jaez), como el Tenorio, digo, Ionósuke se despreocupaba generalmente de conservar sus conquistas. A veces seducía como Don Juan, con fuerza y con maña, pero casi siempre a costa de sus dineros. Ionósuke —señala muy bien Keene— representaba el ideal de la sociedad burguesa para la que Saikaku escribía, al igual que Guenyi lo había sido para los antiguos aristócratas. Y en cuestión de amores Ionósuke estaba interesado más que nada, como los burgueses del XVII, en la profesional del placer.

De ahí que la obra de Saikaku se nos convierta, o casi, en una crónica desgarrada de la prostitución de la época.

El tema parece potencialmente sórdido, pero Saikaku lo aborda con una delicadeza sencillamente genial, con un humor humanísimo y un estilo literario tan endiablado como refulgente.

En la época en que se publicó, el tema era también potencialmente revolucionario. Según W. T. de Bary, si Saikaku no compuso una *Marsellesa* para derrocar el régimen shogunal, fue porque el guerrear era una de las cosas que los burgueses querían desterrar para siempre. Tanto ellos como su portavoz Saikaku se preocupaban de la felicidad individual, no de la eficacia estatal.

Pero los mercaderes de Osaka, y Saikaku con ellos, presentaban una nueva filosofía de la vida, una nueva religión, un nuevo camino o «Tao», distinto de la inveterada y algo desprestigiada «vía del samurai» (*bushidó*). Vivir, para ellos, era sexo y dinero.

*Hombre lascivo y sin linaje* está considerada por muchos japoneses como la novela más realista de su literatura. Lo corrobora De Bary. Y en verdad, el interés por la novelística de Saikaku se reavivó entre los literatos japoneses a finales del XIX, cuando éstos se pusieron en contacto con el realismo europeo: había que encontrar algún Zola, algún preceptor de naturalismo, dentro de la tradición nacional, y no podía ser otro que Saikaku. Sólo que su realismo no era retratista, sino poético e imaginativo.

### *Estilo*

«Saikaku —ha escrito Howard Hibbett— consigue su efecto máximo a base de puro brío estilístico.»

«Posee —dice Keene— una extraña modernidad. Su ingenio y su habilidad para dar vida a cada línea justifican el lugar único que ocupa en el mundo literario. Su obra conserva el frescor de cuando estuvo recién terminada.»

Saikaku constituye una anomalía en ser japonés y barroco. Lleva a la prosa la concisión, el anacoluto, la licencia y la sugestividad de la poesía. Elide partículas, exabrupto y aleoso cambia de sujeto dentro de una frase, sin avisar inserta digresiones en medio de un párrafo, omite el sujeto de la acción a placer, concluye los períodos con sustantivos y no con verbos, como es lo normal, y lo mismo puede recurrir a la clásica diafanidad narrativa de los *Cantares de Ise* que a un estilo conversativo, a crudas descripciones o a parrafadas que no se entienden leídas, sino oídas.

Entender, y no digamos traducir, a Saikaku suele llevar a la desesperación no sólo a los críticos y traductores occidentales, sino hasta a los literatos japoneses. El novelista Yunnósuke Ioshiiuki, autor de la última versión de *Hombre lascivo y sin linaje* al japonés moderno, terminada hace unos días, después de un año y cuatro meses de trabajo, ha confesado a la prensa que está definitivamente harto de bregar con el estilo de Saikaku.

R. Lane confiesa que ninguna traducción puede recrear su singular estilo. De Bary, que traducirlo es como traducir el *Finnegans Wake*, de Joyce, a un inglés diario. Y Keene, que es una tarea virtualmente imposible.

Parece lógico pensar que todos exageran un poco. Difícil, sí. ¿Imposible? Contesta Saikaku en un pasaje de la obra: «Todo es imposible hasta que se hace».

Tomemos como ejemplo el título de la obra. En el original es *Kóshoku Ichidái Otoko*. Esto se ha traducido al inglés de seis maneras diferentes: Vida de un hombre amoroso (Stubbs), El hombre que gastó su vida en hacer el amor (Keene), Un hombre que amó el amor (De Bary), Un pillo del amor (Lane), La vida amorosa de Ionósuke (Barrow) y Vida de un sátiro (Barrow). ¿Cómo es posible tanta diversidad? De las tres palabras del original, la primera significa «lascivo»; la intermedia, «de una generación», es decir, «sin descendencia», y la última, «hombre». Conque tenemos *Hombre lascivo y sin linaje*, sin trucos ni misterios que val-



gan. Con todo, con todo, no seré yo quien condene otras posibles versiones. Ya dice Seidensticker, un gran japonólogo, que resulta imposible explicarle al lector cómo puede haber varias traducciones de un mismo pasaje, y todas igualmente correctas.

### *Historicidad y ubicación de la obra en la historia literaria del Japón*

Con excepción del héroe Ionósuke, casi todos los personajes que aparecen en la obra son históricos y salen con sus nombres verdaderos. Muchos de los episodios tienen también base histórica, pero sería el cuento de nunca acabar el entretenemos en señalar cuáles.

Lo que sí parece necesario es explicar cómo estaba organizada la prostitución en aquella época. Pero antes, y para comprender mejor la dimensión de la obra, hay que enmarcarla dentro de la historia literaria del Japón.

Distínguense en ésta, hasta la modernización iniciada en 1868, tres épocas perfectamente delimitadas, y mucho más dispares entre sí que en Europa lo fueron el Renacimiento y el Medievo.

Desde la fundación de Jeian (Kioto) en 794 hasta la irrupción de los samurais en la vida nacional a finales del siglo XII, transcurren cuatrocientos años de literatura refinada, de cortesanos para cortesanos. Esteticismo a machamartillo, melancolía por la efimeridad de las cosas, espontaneidad moral, elegancia. Las dos sectas budistas más importantes son la Tendai, importada de China por un bonzo japonés llamado Denguió, y la Shingon, que lo fue por Kobo. La primera pone la salvación en una mezcla de meditación, ascética y estudio de las sutras; la segunda, en una combinación de ascesis y mantras o fórmulas mágicas.

Con el predominio de los samurais se siguen, hasta 1600, cuatrocientos años de caos político, terribles luchas

feudales y apocalípticas calamidades naturales. Da un bajón la cultura. El pesimismo se hace tan general que los grandes pensadores budistas (Jonen, Shinran, Nichirén) declaran que en tiempos tan degenerados la salvación no puede llegar por los propios méritos, y que es Amida, emanación celestial del Buda eterno Vairocana, quien salva misericordioso a los que lo invoquen, y últimamente a todos los seres creados. A la secta amidista del Loto, fundada por Nichirén, pertenece el héroe Ionósuke, lascivo sin linaje. El amidismo pasa a ser la fe de las masas, pero entre los samurais se propaga y prevalece el Zen, recién traído de China, que propugna una salvación por el propio esfuerzo, a través de la meditación trascendental. En esta época, que pudiéramos llamar medievo japonés, la literatura se convierte casi en monopolio de los bonzos, y asume un tono de enorme tristeza, seriedad y misterio. Nacen las narraciones de gesta, cantadas al son de la vihuela por ciegos itinerantes, semibonzos y semijuglares. Nace el drama Noh, de sombría belleza.

El año 1600 Tokugawa gana la decisiva batalla de Sekigajara e inicia la época del shogunato, que durará casi trescientos años. De Europa y Corea es introducida la imprenta, y por primera vez en la historia la literatura puede dirigirse a las masas urbanas. La cultura se concentra en tres grandes metrópolis: Kioto, Corte del Emperador y capital por antonomasia; Edo (Tokio), sede del shogun y centro político-militar, y Osaka o Naniwa, emporio comercial y económico. Los grandes autores no son ni cortesanos, como en la era de Jeian, ni bonzos, como en el Medievo, sino gente diversa, de extracción burguesa: ex samurais como Chikamatsu o Bashó, comerciantes como Saikaku, editores como Yishó o escritores profesionales como Asái. Todos escriben con mentalidad burguesa y para los burgueses. El budismo ha perdido entre éstos su antiguo prestigio y se ve desplazado por la ética de Confucio, que el shogunato patrocina e intenta imponer a mandobles por doquier. Pero

a la mayoría lo que más le importa es hacerse rico, gozar del amor, el vino, el teatro y las demás alegrías del vivir.

En tiempos de Saikaku aún se cree en el «karma» o hado: cadena de causación moral que condiciona la vida de acuerdo a las acciones de vidas anteriores. Una vez más reincide el japonés en su atávica y semiinconsciente negación del libre albedrío. Pero en la inevitabilidad subyace la verdadera tragedia; y también, paradójicamente, la verdadera paz espiritual y la libertad interior. La literatura adquiere un aire de optimismo.

Los burgueses serían más burdos y vulgares en sus gustos que los cortesanos de antaño o que los bonzos del Medievo, pero les superaban en vitalidad y desparpajo. Eran, como notan Stubbs y Takátsuka, «lascivos sin hipocresía, agresivos sin lobreguez, bastos sin afectación».

Saikaku se lanza a producir una obra de arte que combine la antigua elegancia, la hondura medieval y la dinámica de su tiempo.

### *La prostitución a finales del XVII*

Para restringir y, si posible fuera, eliminar la prostitución privada, el shogunato había organizado una prostitución estatal, concentrando los lupanares dentro de recintos amurallados, con poternas de acceso permanentemente vigiladas por alguaciles, y andurriales controlados por inspectores del fisco y del padrón, corregidores fieles y contundentes gendarmes.

Por orden del gobierno se clasificaba a las mancebas oficiales (kó-shó) en cuatro rangos: los tres primeros de gran categoría y el último —donde se trabajaba por horas— subdividido a su vez en cuatro niveles.

La manceba superclase era la «taiú». Esta palabra era de origen chino, y en tiempos remotos había significado «dama de alcurnia», pero posteriormente vino a denotar a ar-

tistas de teatro —noh, kabuki o yóru— . Etimológicamente significa «esposa, señora distinguida», y para designar a una cortesana de lujo es actualmente una palabra obsoleta. La traducimos como daifa, que en árabe tiene la misma etimología.

La segunda categoría era la «tenyin», palabra que significa «diosa» y que probablemente empezó a usarse irónicamente. En Edo, sin embargo, se denominaban «mozas de reja» (koshi-yoró).

La tercera era la «kakoï», que traducimos como hetaira. En Edo la llamaban «moza de té» (sancha-yoró). A esta tercera categoría pertenecían las mancebas que servían de escolta y servidumbre personal a las daifas, recibiendo en tal caso el remoquete de «mozas de remolque» (jikibune-yoró) o «mozas tamborileras» (taiko-yoró).

El pontazgo o paga (aguedái) estipulado por el gobierno era de 53 monmes de plata para las daifas, 30 para las diosas y 18 para las hetairas. El monme era una unidad de peso equivalente a 3,75 gramos, y que corresponde, pues, prácticamente al mas filipino para metales preciosos, que son 3,62 gramos. En su poder adquisitivo el monme de plata equivalía a cuatro dólares americanos de los actuales.

Por debajo de estas tres categorías estaban las «mozas de escapate» (jashi-yoró o tsubone-yoró), clasificadas en cuatro subrangos, cuya paga establecida era de tres, dos, uno y medio monme, respectivamente, por faena completa.

No se crea, sin embargo, que al cliente le bastaba con apoquinar las susodichas cantidades, que iban directamente al taita (kakaenushi) o dueño de la manceba. El magnate (daiyin) que quería conseguirse a una daifa debía hacer muchos otros gastos y pagar comisiones o adehalas (jáshitagane) al patrón (águéia) de la casa de citas o burdel —que no era necesariamente el taita—; a la matrona (kaka) o madama (naigui), esto es, la esposa del patrón del burdel; a la celadora (iárite) o vigilante de la daifa, a las mozas de re-

molque, a la pipiola (káburo) o doncellita de cámara de la daifa, a los camareros (ashirái-otoko), criadas (jáshita) y azafatas (koshimoto) del burdel y a los jaquetones o lacayos rufianes (rokushaku). Finalmente tenía que dar propinas o contentas a los escurras (taiko-mochi) o bufones (massha) que lo acompañaban al lupanar, y cuya misión era animar la fiesta y amenizar los preámbulos. Por supuesto, el ricachón tenía que pechar con los gastos de bebida (sake) y tapas (osakana), y también de yantar, si lo había. En total, aparte de los 53 monmes que iban para el taita de la daifa, el cliente necesitaba desembolsar otros 500 monmes más en gastos extra.

Pero el cliente de una daifa, al menos en la región de Kamigata (Kioto y Osaka), no podía ser un parroquiano ocasional, sino que se comprometía a ser regular al menos por un año. Y se ha calculado que la fiesta le costaba durante ese período la fabulosa cantidad de treinta mil monmes de plata, esto es, ciento veinte mil dólares. Sólo un multimillonario podía permitirse el lujo de acercarse a una daifa.

No extrañará, por esto, que en tiempos de Saikaku hubiese en todo Japón solamente treinta y siete de estas cortesanas de bandera llamadas «daifas»: diecisiete en el notorio barrio de Shinmachi, en Osaka; trece en el de Shimabara, de Kioto, y siete en el de Ioshiwara, de Edo. En nuestra historia figuran como heroínas de diversos episodios dieciséis de estas empingorotadas mozas.

Se sabe, sin embargo, que el número total de mancebas «oficiales» en los tres barrios susodichos subía a más de cuatro mil.

Vivían todas ellas en la casa de su taita correspondiente, llamada albergue (iado), desde donde se desplazaban al lupanar (águeia), que podía ser propiedad del mismo taita o de otro dueño.

Las casas de té (chaia) eran un anejo necesario en el barrio del placer (keisei-machi) o barrio licencioso (kuruwa), pues en ellas los clientes se acicalaban o disfrazaban, ha-

cían los contactos con los lupanares y durante el día podían citarse con las hetairas o con las mozas de escaparate, aunque jamás con las daifas ni con las diosas.

El contrato de las mancebas de postín con su taita era por diez años; solía empezar hacia los dieciocho años y finalizar a los veintiocho, edad en que debían retirarse definitivamente de la vida, si no eran rescatadas antes por algún cliente enamorado.

Cada año había una serie de días llamados «de blasón», que correspondían a fiestas nacionales, y en que se suponía que habría gran abundancia de clientes. Las mancebas que esos días se quedasen sin parroquiano debían pagarle al taita, de sus ahorros personales, el equivalente de su ganancia.

Por supuesto, las mozas podían ser promovidas o degradadas de rango según su popularidad.

Todo lo dicho se refiere a las cortesanas oficiales, aparte de las cuales había otros muchos tipos de retozonas (iuyo). Estas mancebas «privadas» eran conocidas con diversos nombres, desde ninfas (iuna) o azafatas de las termas, hasta coimas de alquiler (tekakemono), halconeras (io-daka), pelanduscas (kaminaga), busconas (eshirenu mono), rabizas (kire-uri), etc., etc. Para despistar a los inspectores del padrón, todas estas pobretonas tenían con frecuencia algún marido rufián que servía de pantalla legal a sus trapicheos.

Digamos de paso que la palabra gueisha, tan famosa al presente, no existía aún en la jergonza de la mancebía; surgió posteriormente como equivalente a hetaira o manceba del tercer rango, aunque actualmente son estrellas de primera magnitud.

Otro detalle inolvidable de aquella época es que muchas mancebas de alcurnia tenían cachirulos (tekuda-otoko) o arrimos (mabu), es decir, amantes secretos que se las beneficiaban de bóbilis y a escondidas de la celadora, del taita y de todos los universos.

### *Homosexualidad*

Al comienzo de la obra se habla de «las dos libidos». Una era la mostrenca y común heterosexualidad y la otra la pederastía (nanshoku). El lesbianismo parece haber sido casi inexistente.

En Japón habían propagado la sodomía los bonzos y los samurais. Los primeros, a cuento del santo celibato, que les vedaba enredarse con mujeres, pero que hacía la vista gorda en lo demás. Hay que notar, en honor a la verdad, que en las sectas amidistas eran frecuentes los bonzos casados con toda legalidad. En cuanto a los samurais, querían evitar en lo posible el enervante trato con mujeres.

Los pederastas tenían como amantes a jovencitos (shó-yin) o efebos (bishónen) que pasaban por una época juvenil de maricones antes de enderezarse, a artistas travestís (wakashú) que en el kabuki representaban papeles femeninos, a bujarrones profesionales (úriko o tóbiko) y a otras especies exóticas, como pajecillos sandalieros (kozori-tori), vendedores de perfumes (kógu-uri), etc.

Este fenómeno sodomita, oficialmente prohibido por el shogunato, pero imposible de controlar en la práctica, puede explicarse en cierto modo si se recuerda que en Japón no existía ningún prejuicio moral contra la homosexualidad, con tal que se guardasen las formas y el decoro exterior. El pederasta se solía llamar «hermano mayor» (nisan-bun) y el cacorro (airó) «hermanito menor» (ototo-bun).

No hay necesidad de añadir que había hombres que lo mismo le tiraban a pelo que a pluma.

### *Accesorios*